

Notas sobre los motivos ocultos de la “guerra santa”

JOSÉ DUQUE*

Los acontecimientos de terrorismo y guerra en la actual escena mundial, nos obligan a la urgente necesidad de analizar y rebuscar el horizonte de sentido para esta sociedad aparentemente desequilibrada. Es justamente en estos momentos que nos debemos preguntar con cierta urgencia: ¿Dónde está la reserva de sentido humanista para recobrar la esperanza en la convivencia de nuestros días? ¿Qué se han hecho los espíritus humanos de buena voluntad? ¿Cuál es la reserva humana acumulada a la cual podamos acudir en estos tiempos oscuros, para cultivar el bien común? ¿Quiénes tienen la palabra ecuaníme para calmar los ánimos violentos e invitarnos a la concertación tolerante, a fin de cambiar las condiciones de esta casa convulsa por una donde podamos habitar en un ambiente de justicia y paz igual para todos y todas?

* El licenciado José Duque es profesor en la UBL.

En estos ambientes de guerra desenfrenada, los espíritus humanos sanos tenemos que acudir a la reserva humanista heredada, a fin de cultivar la sensibilidad para escuchar el gemido de las víctimas inocentes de este mundo globalizado, aniquilados por las armas, el hambre, la exclusión y la opresión racial, étnica y de género. Es más, hoy como nunca antes, necesitamos acudir a la reserva de sentido del proyecto de salvación universal del evangelio asumido por la tradición cristiana. Los vientos de guerra “santa” excluyen al tercer mundo de la posibilidad de sobrevivir. Con la excepción de los hechos del 11 de setiembre, el terrorismo suicida, la utilización de armas de destrucción masiva sistémicamente legitimadas, la muerte por hambre así como por enfermedades curables y la contaminación ambiental sucede todos los días sin escándalo en el tercer mundo.

Preocupados por este ambiente agresivo, ensayamos las siguientes reflexiones a fin de llamar el interés de nuestros interlocutores al análisis de las razones ocultas por las cuales se desatan con tanta facilidad las guerras “santas” o terroristas en nuestros días. Insisto que estas son nada más que unas notas introductorias, con la modesta intención de provocar análisis bíblico- teológicos posteriores más elaborados en torno al desafío de la paz. En ese tono, hacemos los siguientes comentarios.

1. ALGUNAS IMÁGENES BÍBLICAS SOBRE LA GUERRA Y LA PAZ

Se dice que el ministerio de Jesús de Nazaret tuvo que confrontarse al doble legado del judaísmo. Por un lado, en el AT es clara una tendencia que construye una tradición de la guerra “santa”. En esa tradición, Yavéh aparece como el “Señor de los ejércitos”, o como el que comandó los ejércitos contra Egipto (Ex 7.1s) y les dio la posesión de la Tierra Prometida (Jos 1-4).

En esta tendencia teológica de la tradición judaica, podemos constatar relatos de venganza, exterminio y demonización del enemigo – aunque igualmente encontramos en el AT pistas claras de que ese mismo Yavéh estableció leyes tendientes a regular la guerra (Dt 20). Esas citas son apenas algunos de los pasajes que ilustran la guerra “santa” en el pueblo de Israel, la cual pudo influenciar el ministerio de Jesús, muy específicamente por medio del movimiento de los Zelotes.

Pero por otro lado, también hay una clara tradición pacifista en la tradición israelita, la cual hereda el cristianismo y es llevada a la máxima expresión en la figura del “siervo sufriente” o “siervo de Yavéh” (Is 53.7-9). Por ello en esta tendencia teológica pacifista, hubo entonces quienes quisieron regular la guerra y enjuiciaron con vehemencia a Israel y sus vecinos mientras estaban en guerra, debido al trato inhumano, así como por el atropello a los inocentes y a las víctimas (Am 1-2). Otros escritores bíblicos rechazaron del todo la guerra y soñaron utópicamente con una sociedad universal sin armas y sin guerras (Is 2.1-4).

Sin embargo, la figura del “siervo sufriente” vino a ser el modelo que configuró la tradición no violenta de Jesús de Nazaret. Es una tradición pacifista activa y profética que propone una manera de vivir frente a la violencia, la injusticia, el mal y el sufrimiento, sin venganza pero encaminada hacia la paz por el sendero del amor. Se trata de una actitud activa para romper el ciclo de la violencia por medio del amor hacia los enemigos, de tal manera que se resiste con paciencia hasta el punto de colocar la otra mejilla (Mt 5.38-48). Al final, según los evangelios, Jesús fue sacrificado injustamente, pero no se defendió con violencia, sino que resistió pidiendo perdón y avergonzando a sus detractores “porque no saben lo que hacen” (Lc 23.34). Pero su mensaje no fue de ninguna manera una justificación de la resignación. Al contrario, fue un mensaje profético, ya que denunció directamente las causas y los agentes que producían violencia, en la injusticia, tanto en las leyes religiosas como las seculares.

Hay bases para afirmar que en los evangelios existen argumentos para señalar que Jesús nunca habló de la guerra, mucho menos de una guerra “santa”. Además, en el testimonio de su vida, en sus enseñanzas e incluso en el proceso injusto que lo llevó al Calvario, no hay ninguna muestra de resistencia violenta ni por la vía de la fuerza o las armas, ni invocando poderes sobrenaturales para defenderse por la fuerza. “Porque todos los que tomen espada, a espada perecerán” (Mt 26.52).

Igualmente constatamos, con mucho interés, que el movimiento de Jesús, aunque mesiánico, tampoco estuvo vinculado a las estructuras dominantes de poder existentes para entonces. No apeló ni se alió, en ningún momento, a poderes religiosos, políticos o militares. Delimitó su movimiento cuando aclaró “Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Mt 22.21). En estas constataciones anotadas se nos muestra, elocuentemente, que no hay ningún argumento en la vida, ministerio y pasión de Jesús de Nazaret, para sostener que existen elementos en su ministerio que sirvan como base teológica para sistematizar una doctrina o una teoría de la “guerra santa”.

En lo anterior nos interesa destacar que esa doble tradición, de rechazo tanto a la guerra como a la violencia y de permanecer al margen de las estructuras de poder, sin duda marcó la comunidad primitiva por los siguientes 150 años.¹ Sin embargo, es bueno aclarar que no se trataba de una comunidad pasiva, sino al contrario, era una comunidad que sufría persecución a causa de su práctica religiosa reconocida como subvertidora del orden imperial romano².

2. CAMBIO DE HORIZONTE EN LA TRADICIÓN CRISTIANA

¿Cuándo y por qué cambia la actitud cristiana hacia el poder del Imperio y hacia la guerra? W. Klaassen menciona dos elementos

que pudieron preparar el cambio de actitud entre las comunidades cristianas para aceptar la guerra y el vínculo al poder dominante. Un elemento es la razón política, debido a la *pax romana*, que para el segundo siglo, después de tanta agresión y dolor, dejaba espacio para la tolerancia religiosa y el crecimiento de la comunidad cristiana. Además, creaba mecanismos legales y administrativos para juicios más regulados,³ asunto que algunos cristianos empezaron a valorar positivamente porque en la *pax romana* disfrutaban de mayor libertad religiosa. El otro elemento pudo irse madurando entre quienes empezaron a absolutizar al cristianismo como la única verdad, catalogando las demás religiones como falsas.⁴ La herencia monoteísta tiene su origen en la lucha frente a Baal de donde viene el tono templo-céntrico y el rechazo de otros dioses como tendencia idolátrica⁵ (2 Re 22.23).

Sin embargo, en general se está de acuerdo entre los historiadores, que el cambio radical en la actitud de las comunidades cristianas se produce con el acceso de Constantino al poder del Imperio y su conversión al cristianismo. Desde entonces dejaron de ser perseguidos y, al contrario, los y las creyentes del evangelio llegaron a situarse y a ocupar todos los espacios del poder imperial e inaugurar así aquella tendencia que conocemos como "cristiandad".⁶ Con este hecho "feliz" se empezó a desechar la tradición del Siervo de Yavéh, la cual había guiado la comunidad de los creyentes a mantenerse al margen de los poderes temporales.

Con Constantino cristiano en el poder, ocurre de inmediato otro cambio en la tradición que había dejado a la comunidad cristiana el "Príncipe de paz": ya no se rechaza la guerra, la violencia y el reclutamiento de los cristianos en los ejércitos. A partir de ese tiempo, la obligación de expandir o mantener el Imperio involucró en la violencia y en la guerra tanto a los cristianos y las cristianas como a su Dios. Y así fue. Pronto apareció por primera vez la cruz grabada en los estandartes de los soldados que marchaban a la guerra en nombre del emperador y en nombre de Dios. Desde entonces, los enemigos

del imperio eran enemigos de Dios. La violencia y la represión oficial se aplican ahora no sólo contra los paganos, sino contra los mismos cristianos disidentes – como sucedió contra los donatistas, quienes fueron demonizados y perseguidos como herejes.⁷

Así pues, en el transcurso de estos tres a cuatro primeros siglos de vida del cristianismo, podemos observar una de las inversiones más perjudiciales para proyecto evangélico de Jesús de Nazaret. El cristianismo, en una de sus tendencias, pasa de ser un pueblo sacrificado a ser un pueblo sacrificador, en nombre de la verdad absoluta, por medio de la “guerra santa”.

Desde entonces, hasta la paz de Ausburgo en el 1555,⁸ con algunos matices, fueron quizá Agustín, Tomás de Aquino, Lutero, Calvino, los teóricos y doctrinarios más importantes que fundamentaron una teología de la “guerra santa” y su pariente secular, la llamada “guerra justa”.

3. TENDENCIAS BÍBLICAS

¿Cuál es la tendencia que debemos atender entonces? ¿La guerrerista? ¿La pacifista? Por lo que nos dicen los y las especialistas, ninguna sin la otra; las dos posiciones son bíblicas porque la Biblia no es un tratado doctrinal unilateral de Dios. Todas estas posiciones están en las Escrituras.⁹ Por lo tanto, si queremos ser fieles al contenido bíblico, tomamos la Escritura como un todo. Parece, según los especialistas bíblicos, que la pregunta aclaradora no es la que inquiriere sobre cuál es la tendencia verdadera, sino la que pregunta por el contexto, el tiempo, el sujeto y las razones por las cuales surgieron los movimientos con una determinada tendencia. Por ejemplo: ¿por qué en Josué (Jos 1) aparece con tanta vehemencia el Dios conquistador? Se trataba de una conquista militar, y Yavéh aparece en esas condiciones como un jefe militar. En verdad no

necesitamos abundar mucho para tratar de responder tal pregunta porque las razones, en aquel momento histórico, son evidentes.

Encontramos otra ilustración en el mesianismo étnico o nacional posterior a la conquista (Dt 7.1-6). Allí se determinó expulsar y destruir las otras naciones que ocupaban esa tierra “prometida”, sin pretender hacer alianzas con esos pueblos, ni tener misericordia. Aún más, estaba prohibido el parentesco con los habitantes de ese lugar, porque el pueblo de Dios había sido escogido como pueblo santo, único.¹⁰ Es claro que lo que encontramos es una tendencia de una religión étnica nacionalista.

Pixley nos aclara (ante Romer, quien relativiza la teología de ciertos textos por su contexto histórico) que el contexto histórico nos ayuda a situar el texto y a entender las razones de su tiempo, pero que su validez tiene que ser a base de la discusión actual, hoy, entre los y las intérpretes.¹¹ Una vez más, no se trata de un consenso bíblico teológico legitimador de una determinada tendencia para que elimine las contradicciones. Se trata de la vigencia de su legitimidad, es decir, de su hermenéutica recontextualizadora, de su mensaje para hoy.

El caso más doloroso de la América Latina y el Caribe es la teología conquistadora y colonial que empezó en el siglo XVI. Esta, con su “Requerimiento” de conversión o guerra legitimaba el aniquilamiento de los y las indígenas.¹¹ Hoy, en la teología latinoamericana, sobre todo en la historia, está superada esa legitimación colonial. Es más, es tenida por cruel y nefasta, eso sí, porque se ha releído esa historia desde la perspectiva de las víctimas indígenas y afroamericanas.

La guerra, por “santa” que sea, oculta sus intenciones, es decir su real finalidad. La ideología de la guerra opaca y esconde parte importante de la realidad de la guerra, mientras muestra con fines propagandísticos otros de sus aspectos. Por eso es que tenemos que preguntarnos de nuevo, ¿en nombre de qué, quiénes y por qué se ha desencadenado la ola terrorista,¹² que viene creciendo desde hace

tiempo, pero reconocida apenas el 11 de setiembre? ¿Será que hay un dios terrorista que no tiene proyecto histórico, que no tiene esperanza, por lo tanto no tiene otra salida que el terrorismo suicida? Peor aún, ¿será que la única respuesta al terrorismo suicida es la guerra homicida globalizada? ¿Qué se esconde de la realidad de los hechos del 11 de setiembre? Y, ¿qué aspectos de esa realidad son nada más que propaganda?

¿No son una forma de terrorismo el hambre y la miseria que matan diariamente miles de seres humanos en los países pobres? ¿No habría que vincular el terrorismo, la violencia y la desesperanza a la injusticia que produce sostenidamente hambre y pobreza en el mundo?

Estas, pues, son algunas preguntas para la teología de la paz. Esa teología que, a través de toda la Biblia, nos exhorta a convivir en paz, en justicia social y solidaridad con los “pequeñitos” y las “pequeñitas”, promesa y compromiso del proyecto de Dios para toda la creación. Estas son preguntas para una teología de la paz sin resignación y capaz de transparentar, de poner en evidencia, los intereses oscuros de las guerras, la violencia y el terrorismo, sean oficiales o clandestinas.

En fin, tomando la realidad histórica como un todo, en realidad la guerra no es el contrario de la paz hoy. La paz no está en la lucha contra la violencia o el terrorismo. La lucha frontal de una cultura de paz es sobre todo contra los intereses ocultos que promueven la guerra, la violencia y el terror. Su lucha, entonces, ¿está en la capacidad de descubrir y poner en evidencia ante la opinión pública el por qué se cultiva la guerra?, ¿la venta de armas?, ¿los grandes presupuestos militares?, ¿el lucrativo negocio de armamentos?, ¿las intensiones hegemónicas?, ¿la cultura globalizadora o los intereses geoestratégicos mundiales?

La teología de la paz tiene que verificar si entre esos intereses ocultos está la cultura de la globalización, el mercado único, o quizá

subsistemas raciales, étnicos o religiosos del norte contra el sur. Ahí están algunas preguntas para una inteligencia teológica de la paz, desde la perspectiva del Tercer Mundo para nuestro tiempo, esto es, desde la visión de las víctimas, porque "Los ojos del Señor están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos" (Sal 34.15).

Notas

1 Quienes han hecho un seguimiento sistemático de los temas de la guerra, la violencia y la participación de los cristianos en el ejército, basados en los testimonios escritos que nos dejaron los Padres de la Iglesia, nos muestran que tal actitud en esa Comunidad Primitiva se debía a que creían que era incompatible con las enseñanzas y testimonio de Jesús. Klaassen, W., *La guerra justa*. 1991, 13 ; Luisa Sowle Cahill, « La tradición cristiana de la guerra justa : tensiones y evolución » en *Concilium*. No. 290, 2001, 81.

2 Cf. “Testimonios históricos sobre persecución en tiempo de Tertuliano, Nerón, Decio, Valeriano etc.” en Bettenson, H. *Documentos da Igreja Crista*. 1998, pp. 34-47. Lisa Sowle C. *Ibid.* 83. Klaus Wengst, *Pax romana*. 1987, 1-2.

3 Cf. Daniel Ruíz Bueno, *Padres apologistas griegos*. sus notas sobre Adriano 117-138 y Antonio Pio 138-161, MCMLIV, 20.

4 Klaassen, *Op. Cit.* p.15.

5 Romer, Thomas, *Un Dios enigmático*. 2000, 25ss.

6 Cf. Edicto de tolerancia del 311 » y el « Edicto de Milán del 313 » en Bettenson *Op. Cit.* pp. 48ss. Se trataba de una alianza entre el poder eclesiástico y el poder político. Se dice que la primera cristiandad hegemónica de la historia cristiana fue la bizantina entre el 325-1453, creada en torno a Constantinopla. Hoornaert, Eduardo, *La memoria del pueblo cristiano*. 1986, pp. 24ss.

7 Citado por Klaassen, 17. Además, Cf. K S. Latourette, *Historia del cristianismo*. T.I, 1882,184-185.

8 Bettenson, *Op. Cit.* pp.232-324.

9 Romer, T. *Op. Cit.* 33.

10 *Ibid.* 105ss.

11 Comentario de Jorge Pixley en la «Presentación» del libro citado de Romer, p.12.

11 Rivera Pagan Luis, *Evangelización y violencia : La conquista de América*. 1990, 52.

12 Entendemos el término terrorismo aquí, como todo aquel acto intencionado o cuyos efectos colaterales producen terror, pánico, miedo, espanto, horror, pavor, impotencia e inseguridad ; por vías de la violencia física o verbal, la represión ideológica, la insatisfacción de las necesidades fundamentales (trabajo, salud, educación, vivienda, vestido etc.), y la pérdida de sentido de la vida; producido por personas individuales, colectivos sociales, organizaciones, instituciones, estados nacionales, o gobiernos; en nombre de la venganza o de la restitución de los valores (éticos, morales, políticos, religiosos etc).